



Trucco, Ignacio



Estructuración espacial en la modernidad capitalista: Debates y perspectivas recientes

Revista de estudios regionales y mercado de trabajo

2011, no. 7, p. 159-184

Este documento está disponible para su consulta y descarga en [Memoria Académica](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar), el repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata**, que procura la reunión, el registro, la difusión y la preservación de la producción científico-académica editada e inédita de los miembros de su comunidad académica. Para más información, visite el sitio

www.memoria.fahce.unlp.edu.ar

Esta iniciativa está a cargo de BIBHUMA, la Biblioteca de la Facultad, que lleva adelante las tareas de gestión y coordinación para la concreción de los objetivos planteados. Para más información, visite el sitio

www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar

Cita sugerida:

Trucco, I. (2011) Estructuración espacial en la modernidad capitalista: Debates y perspectivas recientes. Revista de estudios regionales y mercado de trabajo (7), 159-184. Disponible en Memoria Académica: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5060/pr.5060.pdf

Licenciamiento

Esta obra está bajo una licencia Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina de Creative Commons.

Para ver una copia breve de esta licencia, visite

[http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/.](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/)

Para ver la licencia completa en código legal, visite

[http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/legalcode.](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/legalcode)

O envíe una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbott Way, Stanford, California 94305, USA.

ESTRUCTURACIÓN ESPACIAL EN LA MODERNIDAD CAPITALISTA: DEBATES Y PERSPECTIVAS RECIENTES

Ignacio Trucco

Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constante distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de haber podido osificarse.

K. Marx y F. Engels, *Manifiesto Comunista*

INTRODUCCIÓN

Este trabajo tiene por objetivo indagar el lugar que ocupa –y la forma en que está constituida– la dimensión espacial en distintos enfoques que nutrieron o se desarrollaron como teorías de la geografía económica. Se inicia la discusión partiendo de la economía convencional (neoclásica o keynesiana) y se sigue con los enfoques institucionalistas del desarrollo regional. Con respecto a estos últimos, se expresan las ideaciones de las que son tributarios, sobre todo al momento de definir sus objetos de análisis y su espacialidad inherente. Se intenta así caracterizar el tratamiento del espacio descubriendo sus límites y dificultades, poniéndose de manifiesto el piso común que comparten con los enfoques convencionales de la geografía económica. Finalmente, se recuperan los aportes de geógrafos críticos dedicados al estudio de la estructuración espacio-temporal de la “moderna sociedad burguesa”, entablado un diálogo fructífero con el *giro relacional* que sirvió de fundamento al pensamiento institucionalista.

Este trabajo forma parte del desarrollo de la tesis doctoral del autor.

Ignacio Trucco es Licenciado en Economía, docente de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional del Litoral, doctorando del Doctorado en Economía de la Facultad de Ciencias Económicas y Estadísticas de la Universidad Nacional de Rosario, Centro de Estudios en Gestión del Desarrollo Territorial Sustentable. E-mail: ignacio.trucco@gmail.com

DEL ESPACIO AL TERRITORIO (Y VICEVERSA)

La economía como disciplina ha desarrollado un tratamiento del espacio cuyos orígenes se remontan hasta los aportes de Von Thünen que, sin lugar a dudas, introdujo esa dimensión en el análisis de la producción de la vida material de la sociedad capitalista moderna. Von Thünen fue un intelectual y político que reflexionó y teorizó sobre la realidad social de la Europa de su tiempo trascendiendo el problema de la localización de la agricultura –lectura tradicionalmente construida por los teóricos neoclásicos de la localización industrial–. Los aportes de Von Thünen ponen en cuestión, a lo largo de toda su obra, diversas dimensiones: hay presente una teoría de la renta de la tierra derivada de la localización;¹ y, en la segunda parte de su obra, desarrolla un trabajo sistemático para determinar un *salario natural* de equilibrio en medio de un capitalismo convulsionado previo a las revoluciones de 1848.²

La noción de espacio y tiempo fundada desde una perspectiva métrico-lógica encuentra aquí su punto de partida. Su evolución no es uniforme, y podrían distinguirse diversas formas en las que esta concepción se presenta. Moncayo Jiménez (2002), por ejemplo, no hace hincapié en este criterio, pero distingue, por un lado, a los enfoques keynesianos y a los enfoques neoclásicos, frente a los nuevos regionalistas, por el otro: los primeros comparten una modelística confluyente, pero tanto en unos como en otros está presente la concepción del espacio de tipo métrico-lógico.

Por su parte, Capello (2006) establece, dentro de esta concepción del espacio, una subdivisión diferente: por un lado, una interpretación basada en el carácter continuo del espacio; y, por otro lado, una concepción sustentada en su carácter discontinuo. Pero, sostiene la autora, en ambos casos “el espacio no [tiene] ningún papel en la determinación de la senda de desarrollo de una economía local” (Capello, 2006, p. 180). **Quienes adscriben a la primera interpretación** ponen la mirada en el problema de la localización industrial, mientras que los segundos, a partir del concepto de *región homogénea*, destacan la movilidad de capitales para explicar el crecimiento y la convergencia (modelos neoclásicos) o tienen en cuenta el papel de la demanda agregada (modelos keynesianos) para abordar la misma problemática.

1 Von Thünen no realiza un aporte casual. Su obra es una interpretación de la realidad social de su tiempo, si bien lo que ha sobrevivido de sus aportes es una teoría más o menos aislada. Con respecto a la renta de la tierra, García Ramón afirma: “Von Thünen descubre independientemente de Ricardo el concepto de renta diferencial. Se sabe con certeza que Von Thünen sólo leyó los *Principios de Economía Política*, publicados en 1817, después de la edición de su *Estado Aislado* en 1826” (García Ramón, 1976, p. 20). Von Thünen se ubica así como un clásico que, evidentemente, no alcanzó la trascendencia de sus pares británicos.

2 Véase García Ramón, 1976. Este autor separa los aportes de Von Thünen en dos partes: por un lado, el *Estado Aislado* y, por otro, su obra posterior.

Quizá los exponentes más claros de estas concepciones puedan ubicarse, por un lado, en la teoría del crecimiento neoclásica con la obra, por ejemplo, de Barro y Sala-i-Martin (2004), y, por otro lado, en los aportes contemporáneos de la teoría de la localización industrial de la Nueva Geografía Económica (véanse, al respecto, Krugman y Fujita, 2004; Krugman, 1997; Fujita, Krugman y Venables, 1999).

Este tipo de enfoques suponen a sus elementos constitutivos como “entidades individuales, permanentes, que se mantienen en su identidad a través de los cambios y las perturbaciones” (Aglietta y Orléan, 1990, p. 38). Una definición de este tipo les permite cerrar con precisión la naturaleza de los objetos que interactúan en el análisis. Pero esta definición tiene un costo, probablemente muy elevado, cuando se busca penetrar hechos sociales. El enfoque queda encerrado en el “tiempo mudo y conservativo de la mecánica” y en un “espacio homogéneo e isótropo” (Aglietta y Orléan, 1990, p. 38). Probablemente no sea correcto identificar la teoría de la economía tradicional con sus supuestos ontológicos; en otras palabras, es necesario diferenciar la naturaleza del hombre y el principio de socialización que se suponen de la forma lógico-métrica en la que se los traduce (Trucco, 2009). Los hombres y mujeres y las relaciones que los conectan, cuando son estudiados por la economía tradicional, son reconstruidos a partir de una superposición, un isomorfismo radical, entre el sistema de objetos y relaciones y el espacio isótropo de la mecánica clásica. Existe una fijación del sistema de conceptos a la forma del espacio isótropo: el plano, la línea y el punto son el lenguaje de estos modelos que calzan allí sin distorsiones. Sea la región homogénea o la distancia métrica, ambos vehiculizan esta afirmación óntico-epistemológica.

LA CRÍTICA INSTITUCIONALISTA

Estas interpretaciones han recibido críticas muy influyentes, especialmente de un conglomerado de teorías, en parte complementarias y en parte contradictorias, que han incorporado dimensiones institucionales al análisis del desempeño económico,³ sobre todo a partir de la importancia que tomaron determinados bienes y activos no convencionales, –como el conocimiento, la coordinación y la cooperación entre las firmas– a la hora de dar cuenta de la emergencia, en las últimas tres décadas, de ciertas regiones como casos exitosos en un nuevo marco de funcionamiento del capitalismo global. Estos aportes suelen etiquetarse bajo la denominación de “nuevos regionalistas” (para reseñas con diferentes perspectivas, véanse, entre otros trabajos, Helmsing, 1999; Moncayo

3 Se usa el término “desempeño económico” para evitar caer en las trampas terminológicas asociadas a palabras como “crecimiento” y “desarrollo”. Aquí, cuando se habla de desempeño económico, se hace referencia al punto de partida y de comparación con que cada teoría construye sus modelos de análisis de las unidades económicas espaciales. Debemos aclarar que más adelante se discutirá sobre el carácter normativo de las teorías que aquí se tratan.

Jiménez, 2002; Benko y Lipietz, 1994; Keating, 1997; Fernández, Amin y Vigil, 2008a; Moulaert y Sekia, 2003). Aquí, el problema del espacio aparece renovado, discutiéndose lo apropiado del enfoque métrico-lógico desarrollado bajo el marco de la teoría económica convencional.

El giro fundamental que se produce radica en una reconsideración de ciertos fenómenos que no pueden ser captados (al menos en una primera instancia) por la teoría económica tradicional dado el incumplimiento de ciertos supuestos necesarios para incorporar estos hechos al análisis lógico-matemático. Ciertas dimensiones inmateriales, relacionales o simbólicas, que no asumen las propiedades de los bienes pasibles de una clara apropiación privada, convocan a pensar la necesidad de sumar o reemplazar dimensiones, objetos, metodologías, etc. Concretamente, el asumir la existencia de ciertas instancias institucionales relevantes que no están debidamente tratadas en la economía de la *corriente principal* obliga a redefinir, al menos a nivel del lenguaje, ciertas dimensiones de modo que contengan dichas instancias institucionales (véanse, por ejemplo, Scott, 2004; Scott y Storper, 2003).

En este sentido, Capello (2006), por ejemplo, intenta mostrar el cambio en la interpretación del espacio que trajo consigo el *nuevo regionalismo* (que denomina “teorías del desarrollo regional”). La autora afirma:

[...] el espacio era, pues, concebido como un *espacio diversificado-relacional*, un espacio diversificado en el cual es fácil distinguir (incluso en el interior de una región) la distribución desigual de las actividades. [...] Al mismo tiempo, el espacio es *relacional*, en la medida en que las relaciones económicas y sociales que aparecen en un área determinada desarrollan funciones cruciales en varios aspectos: aseguran el funcionamiento flexible de los mecanismos de mercado, favorecen procesos de producción más eficientes y menos costosos, [así como] la acumulación de conocimientos en el mercado local y un desarrollo más rápido de la innovación (Capello, 2006, p. 180).

Más adelante, señala que “las teorías del desarrollo regional cambian su perspectiva del espacio como un generador de ventajas estáticas, y centran su atención en el papel del espacio en la creación de conocimiento y, por consiguiente, en las ventajas de aglomeración dinámicas” (p. 180).

Pero la conceptualización de esta dinámica de aglomeración, apela al fundamento *relacional* con el cual se interpreta al espacio en esta tradición teórica. De hecho, el espacio se define en algunos casos como un espacio “cognitivo” que depende de la “interacción cooperativa o de mercado”. Según Capello, la proximidad cognitiva queda definida a partir de los “códigos de comportamiento compartidos [...] cultura común, confianza mutua y sentido de pertenencia explican procesos de creación de conocimiento y de aprendizaje colectivo” (p. 181).

Finalmente, esta autora sentencia:

[...] el espacio abstracto se convierte en un territorio real, un espacio relacional donde tienen lugar interacciones funcionales y jerárquicas, económicas y sociales, las cuales están incrustadas en el espacio geográfico y dan lugar a procesos locales de aprendizaje cooperativo, alimentadas por la proximidad espacial (efectos de la “atmósfera”), relaciones en red (relaciones selectivas a larga distancia), interacción, creatividad y habilidad de recombinación (Camagni y Capello, 2006) (Capello, 2006, p. 182).

Vale la pena la cita en extenso pues permite distinguir los elementos que traen a colación los teóricos *nuevo-regionalistas* en la caracterización del espacio. En términos generales, el énfasis sobre el carácter relacional del espacio es una dimensión clave para comprender el giro emprendido. El pasaje realizado emula un camino implícito: desde una primera aproximación *relacional* hacia las potencias cooperativas de aquellos que están próximos entre sí, como una propiedad potencial clave para comprender la organización de bienes de difícil tratamiento como el “conocimiento” –que, por otra parte, ha asumido un rol clave para alcanzar esa meta de inagotable profundidad (y oscuridad) llamada “desarrollo”–. Haciendo el camino de forma inversa: la *proximidad* se presenta como una condición de posibilidad de la *interacción cooperativa* que, de existir, permite hablar de un espacio *relacional*, que se torna relevante para el investigador *nuevo-regionalista*, ya que es la *condición de posibilidad* de una política que active recursos *cognitivos* de modo tal que *se vuelva posible un incremento sostenible de la productividad* de los factores.

Debe destacarse, finalmente, la idea de que “el espacio abstracto se convierte en un territorio real, un espacio relacional”. Este pasaje, podemos decir, “de lo abstracto a lo real”, del espacio al territorio, es característico del *nuevo-regionalismo* y, se cree, es un momento decisivo a la hora de evaluar sus límites y posibilidades. Los desarrollos de la geografía humana, la sociología urbana, la antropología de la experiencia del espacio, permiten analizar con mayor detalle la naturaleza de este pasaje. De hecho, este trabajo se concentra en este punto, si bien lo hace desde una mirada diferente. Aquí no se desarrollará en extenso esta cuestión con un mapeo de los aportes fundamentales de los distintos subcampos que confluyen sobre el problema –tarea cuya relevancia es indudable y cuya necesidad se torna un punto débil de esta exposición–. Pero se entiende que, a los fines del presente trabajo, resulta suficiente remitirse a una serie de reflexiones que sintetizan la problemática.

El pasaje del espacio al territorio puede ser presentado como un problema ontológico, dada la necesidad de afirmar la naturaleza de este escurridizo objeto. Esto ocurre, sobre todo, al momento de definir la relación entre el objeto estudiado y la dimensión espacial que se pone en juego. Este pasaje del espacio al territorio está en el núcleo de la teoría institucionalista del desarrollo regional. En este sentido, Moulaert y Sekia afirman:

El núcleo de la teoría del desarrollo endógeno es una nueva concepción del espacio: el espacio territorial reemplaza al espacio funcional. La dinámica interna del desarrollo reemplaza el espacio como un “simple” soporte de las funciones económicas. En el enfoque territorial, además de (¿o en la interacción con él?) los atributos económicos habituales privilegiados por las teorías anteriores del desarrollo regional, el espacio es “actualizado” [upgraded]⁴ con un nuevo contenido de valores socioculturales y las huellas de la historia local (Moulaert y Sekia, 2003, p. 297).

Este concepto resulta sumamente sugestivo. El territorio comienza a detentar propiedades particulares, a erigirse como un algo, como una entidad pasible de ser estudiada. Los hombres, como seres culturales, unidades per-formadas por hábitos y predisposiciones de conducta y dotadas de alteridad, entran en un juego de relaciones ligadas al espacio que dan lugar a un objeto que se independiza. El territorio, como espacio de relaciones, comienza a buscar su propia ontología.

Los intentos de definición precisa de la noción de territorio conducen a soluciones en cierto sentido paradójales, y de allí pareciera que no es posible una respuesta última y definitiva frente a la edificación de este objeto. Las preguntas que deben enfrentar estos enfoques son primarias: ¿qué es un territorio?, ¿está compuesto por algo?, y, si es así, ¿qué es ese algo? En este punto pueden distinguirse dos tipos de respuestas (expuestas de forma extrema), las cuales enfrentan sus propias paradojas, y entre la cuales muchos autores oscilan sin hacer explícito el problema, quizá sin advertirlo, con lo que se agrega otro componente distorsivo.

TODO LO SÓLIDO ESTÁ EN EL AIRE

En primer lugar, es posible responder desde un cuasi-sustancialismo que hipostasie un componente que *hace* al territorio, que dé un salto, pasando de hombres y mujeres a un elemento ligado al espacio pasible de ser conocido en sus propiedades estáticas y dinámicas que sea constitutivo de una realidad sujeta al espacio. Quizás el término que se ha utilizado para dar este tipo de giro ha sido el de *región* (y/o el de *ciudad*). La *región* aparece en diversos pasajes casi como un agente, como un ser, que ha llegado a ser “inteligente” (Mitchell, 2007), inserto en tramas de relaciones internacionales junto a otras regiones y a otro tipo de agentes que han superado los límites que infligía el espacio a sus operaciones mercantiles. En este contexto, por ejemplo, Scott y Storper afirman que “ciudades y regiones, en otras palabras, son el fundamento crítico del proceso de desarrollo tomado como un todo” (Scott y Storper, 2003, p. 4).

4 El término *upgraded* es traducido también como “mejorado”. Véase, por ejemplo, Hadjimichalis, 2008 en la traducción de María Inés Hidalgo.

En este caso, el concepto de *región* no debe ser pensado como un contenedor de cosas: por el contrario, es un todo con contenido sustancial, una unidad que es finalmente distinta de los componentes que participan en su constitución. En la literatura, un caso paradigmático de esto aparece en el concepto de “distrito industrial”. En este sentido, Becattini, al recuperar las reflexiones de Alfred Marshall al respecto, pone en evidencia la existencia de un salto en el objeto de estudio a fin de penetrar realidades que van más allá de los límites de la economía tradicional. Afirma que “se trata de una unidad de investigación que permita, de la mejor manera posible, el circuito *the one in the many, the many in the one*” (Becattini, 2002, p. 13). Esta relación del uno con el todo y del todo con el uno es desarrollada distinguiendo la existencia de un algo que permitía a Marshall “ver ‘distritos’ donde otros veían únicamente banales aglomeraciones industriales” (Becattini, 2002, p. 14). **Ese algo se apoya en elementos de difícil definición.** Así, por ejemplo, la “atmósfera industrial” asume este papel en el caso de este autor, pero también es posible rastrear este tipo de inferencias teóricas, al menos de forma tangencial, en el “zumbido” teorizado por Storper y Venables (2002); también en el concepto de “capital social”⁵ desarrollado en Putnam (1995 y 2001) y Woolcock (1998) adquiere propiedades similares: un salto teórico que de personas y relaciones pasa a una entidad más general, a una totalidad distintiva de un lugar. Esta idea está en la base de una famosa expresión de Alfred Marshall que indica: “Los secretos de la industria dejan de ser un misterio... ellos están... en el aire” (citado en Storper y Venables, 2002, p. 12).

Como se dijo, estas ideas edifican una ontología del territorio a partir de suponer la existencia de una fuerza distintiva y especializada, es decir que cubre el espacio que los miembros de la comunidad habitan y que, al hacerlo, demarca sus difusas fronteras. La relación que esta entidad tiene con el espacio es de radical importancia pues se articula de manera diferente respecto del isomorfismo radical que tratábamos en el caso de la teoría económica convencional. La espacialidad asociada a este enfoque permite evitar los límites del lenguaje matemático, pero no deja de presentarse como un nuevo tipo de isomorfismo. La relación entre el concepto interpretativo de la realidad social (la “atmósfera”, por ejemplo) y el espacio geográfico se produce mediante una correspondencia de estructuras al estilo de una correspondencia entre signos y significados. En este caso, uno podría destacar el contrapunto existente entre el concepto de región homogénea y el de territorio (en el cual sus habitantes comparten un mismo “ambiente institucional”).⁶

5 Al respecto de esta forma de interpretar el concepto de “capital social”, se recomienda ver la distinción que realizan Portes (2004) y Siisiäinen (2000), en donde se identifican diferencias en el significado de este concepto entre Bourdieu y Putnam, quien desarrolla una interpretación vinculada al problema teórico que en este trabajo se destaca.

6 Este es otro concepto que puede pensarse emparentado con los ya reseñados. Esta idea, popularizada por el Premio Nobel de Economía Oliver Williamson (véanse, entre otros trabajos, Williamson, 2002), resultó sumamente influyente en el pensamiento *nuevo-regionalista*, y es un insumo de radical importancia en el origen del giro institucionalista en la geografía económica (Amin, 2008).

En ambos existe una correspondencia o un isomorfismo, es decir que siempre es posible especificar los términos teóricos de modo tal que se correspondan con una estructuración del espacio lógico. En este caso, definidas las propiedades de la “atmósfera”, se habrá transitado, a veces sin saberlo, el camino hacia la definición de los principios de correspondencia con el espacio lógico. Pero hay un problema no explicitado en este proceso, pues cabría la pregunta: ¿a qué nivel de precisión puede llegarse en la definición de los límites de la “atmósfera”? Es posible construir una respuesta radical imaginando el pasaje de un límite difuso a una línea lógicamente definida. De coincidir –en la definición de la “atmósfera”– los límites conceptuales con los límites lógicos –por su forma–, se habrá regresado del territorio al espacio lógico-métrico, aquel que se definió cuando desarrollamos este aspecto para la economía tradicional. Es decir, que el carácter difuso de los conceptos utilizados es una condición de posibilidad de este tipo de enfoque, al menos si desean mantener cierta distinción respecto de la economía tradicional.

Pero debemos aclarar que tales enfoques no son absolutamente estáticos y que en esta exposición los hemos mostrado como un momento extremo de la argumentación teórica. Por el contrario, es posible matizar esta lectura a partir de un contrapunto con una interpretación que se ubica en otro extremo y que, en términos generales, también se encuentra presente en estos trabajos analizados. Evidentemente, el enigma surge en la pregunta por la naturaleza y el origen de esta fuerza contenida en el “aire”. ¿Cómo es posible que exista algo que se independiza de su origen? ¿No es esencialmente paradójico tener que idear una sustancia de este tipo, que se independiza a nivel teórico pero cuyo origen esencialmente humano resulta, en última instancia, imposible negar? Dicho en forma breve: ¿qué es esto que es?

EL ESPACIO RELACIONAL Y EL ESPACIO GEOGRÁFICO

Aquí comienza a pensarse el territorio a partir de un concepto clave: *lo relacional*. El territorio se dispone como un conjunto espacialmente estructurado de relaciones entre seres humanos y, a riesgo de exagerar en la analogía, podemos (re) definirlo, parafraseando a uno de los pensadores más importantes del siglo XX, diciendo que “el territorio está estructurado ‘como’ un lenguaje”.⁷

Panaia recopila un conjunto de opiniones sobre la definición de este concepto y destaca que “tres elementos condicionan permanentemente un territorio: la apropiación del espacio, el poder y la frontera” (Panaia, 2005, p. 230).

7 Aglietta y Orléan realizan un desplazamiento similar cuando afirman que “parafraseando a un célebre autor, se diría que la moneda es un sistema que está estructurado como un lenguaje” (Aglietta y Orléan, 1990, p. 35)

Muchos son los autores que se aproximan a este principio de definición del territorio como “espacio social”. Por ejemplo, Barriga y Henríquez (2007) desarrollan una versión estructurada otorgándoles a las subjetividades que construyen dicho espacio cierta sustancialidad. Por otra parte, otros autores hacen hincapié en el *pensamiento complejo* para pensar el territorio, destacando la multiplicidad en cuanto a subjetividad, simbología y procesos relacionales en juego; son exponentes de este enfoque autores como Sergio Boisier (1999 y 2004) y otros comentaristas –por ejemplo, Vergara (2007)–, quienes recuperan los aportes de Edgar Morín para interpretar el espacio relacional y tratar de definirlo.⁸

Pero quizá provenga de la sociología el aporte distintivo del cual es posible rescatar una versión más clara del pensamiento sobre el espacio social. Guiddens (1995), en su teoría de la estructuración social, pero fundamentalmente Bourdieu, en su conceptualización del espacio social (Bourdieu, 1997a y 1997b), son, tal vez, quienes con mayor popularidad aporten claves que sirven de insumo implícito y silencioso a los enfoques *nuevo-regionalistas*.

Bourdieu ensaya una definición abstracta y constitutiva del espacio social. Según este autor,

la noción de *espacio* contiene, por sí misma, el principio de una *aprehensión relacional* del mundo social: afirma, en efecto, que toda la ‘realidad’ que designa reside en la *exterioridad mutua* de los elementos que la componen. Los seres aparentes, directamente visibles, trátese de individuos o de grupos, existen y subsisten en y por la *diferencia*, es decir en tanto que ocupan *posiciones relativas* en un espacio de relaciones que, aunque invisible y siempre difícil de manifestar empíricamente, es la realidad más real (el *ens realissimum*, como decía la escolástica) y el principio real de los comportamientos de los individuos y de los grupos (Bourdieu, 1997b, p. 47).

Esto, que en última instancia es la “realidad más real”, está en la base del espacio relacional, un espacio constitutivo de la realidad social bajo estudio. Pero debemos aclarar que la territorialidad del espacio social no está definida *a priori*, tal como ocurría en el caso anterior. Las *posiciones* no son *ubicaciones*; son posiciones entre las *diferencias* constitutivas de una estructura o un *campo*. Sobre esto Bourdieu afirma:

[...] las diferencias asociadas a las diferentes posiciones, es decir, los bienes, las prácticas y sobre todo las *maneras*, funcionan, en cada sociedad, a la manera de las diferencias constitutivas de sistemas simbólicos, como el conjunto de los fenómenos de una lengua o el conjunto de los

8 Es una muestra de extraño eclecticismo la afirmación de Boisier: “Esta propuesta tiene innegables lazos con el pensamiento de D. North, de A. Touraine, de A. Hirschman y de E. Morin, en la medida en que conceptos tales como actores, organizaciones, cultura, y complejidad, aparecen en forma recurrente” (Boisier, 1999, p. 72).

rasgos distintivos y de las desviaciones diferenciales que son constitutivos de una sistema mítico, es decir como *signos distintivos* (Bourdieu, 1997a, p. 20).

La territorialidad, al igual que en el caso anterior, depende de una correspondencia, de un isomorfismo, definido en la definición específica del campo, en una fijación al espacio geográfico. Esto ocurre nuevamente en dos niveles análisis.

En resumen, una especificación de esta correspondencia hace a la territorialidad de las relaciones estudiadas; así, la territorialidad es mediación entre el “espacio social” y el “espacio geográfico”, se ve estructurada por estas mediaciones o especificaciones del espacio social. Existe una doble realidad, una física y otra *relacional* y la especificación del sistema de correspondencia define la estructuración del territorio, es decir, un sistema de correspondencias entre cosas y distancias y símbolos y significados. La teoría de la localización industrial puede pensarse como un caso especial en este contexto.

La “geografía humana” ha sido receptora de este tipo de preguntas ontológicas y teóricas. Autores como Doreen Massey, John Allen, Eduard Soja, Nigel Thrift, entre otros, participan en un proyecto de reconstrucción del pensamiento geográfico a partir de este giro “relacional” (véanse, por ejemplo, Massey, 1999, 2001 y 2004; Massey, Allen y Sarre, 1999; Soja, 2008) y desarrollan cuerpos teóricos más o menos generales donde teorizan precisamente el momento de encuentro entre sociedad y espacio geográfico. Estos autores entienden que una teorización de la espacialidad de la vida humana implica una teorización de sus relaciones constitutivas. Para ellos, el “espacio relacional” es ya una teoría del espacio social y de un sistema de correspondencia con el espacio geográfico, o, al menos, uno puede intentar descomponerlo en estos términos; el problema del poder, la identidad y la ideología están presentes de forma permanente en estos desarrollos teóricos, sosteniendo, en algunos casos, un vínculo con la tradición marxista relativamente intenso, como veremos luego.⁹ Pero, aun bajo esta perspectiva, muchas son las críticas realizadas con respecto a las dificultades de trabajar de manera poco reflexiva sobre el significado de los conceptos utilizados, afrontando riesgos de reificación de los mismos, metodologías inconducentes, exageraciones normativas, etcétera.

9 En términos generales, a fin de mostrar la cercanía teórica, Massey afirma: “El pensamiento sobre el espacio relacional, en el sentido que aquí se le da, por supuesto se ha vinculado con un conjunto más amplio de re-conceptualizaciones. En particular, este se ha ligado a una importante re-figuración de la naturaleza de la identidad. Es extendido en estos días el argumento de que, de una u otra manera, las identidades son ‘relacionales’. Sobre esto, por ejemplo, no tenemos nuestro ser y luego se sale y se interactúa; aunque disputado, no es, por ello, menos importante que nuestro ser, nuestra identidad, se constituyen en y a través de los arreglos, a través de las prácticas de interacción. Las identidades se forjan en y a través de las relaciones (que incluyen las no-relaciones, las ausencias y los hiatos). En consecuencia, no tienen un origen arraigado y estático, sino mutable en su producción en proceso” (Massey, 2004, p. 5).

En este contexto, podemos mencionar las críticas de “borrosidad” que hiciesen autores como Markusen, recuperadas por Fernández y Vigil (2009) –quienes ponen el acento en las falencias metodológicas que se desarrollaron al amparo de este tipo de enfoques–. También, por otra parte, Lovering destaca tres grandes falencias del enfoque: “(1) imprecisión filosófica y metodológica; (2) reclamos económicos exagerados y parciales; y (3) falta de atención a la sociología política del desarrollo regional” (Lovering, 2008, p. 129).

Estas teorías, a pesar de que se desarrollaron con una meta de mayor “realismo” –es decir, con vistas a la posibilidad de dar cuenta de ciertos fenómenos específicos que caen fuera de los modelos abstractos de la teoría económica convencional (sea neoclásica o keynesiana)–, acabaron siendo objeto de críticas que cuestionan su falta de claridad epistemológica, teórica y metodológica, con lo cual, paradójicamente, estos enfoques perdieron parte de este “realismo” –aunque a la manera de una incapacidad para comprender realidades generales o bien específicas pero en contextos generales (véanse, entre otros, Lovering, 2008; MacLeod, 2008; Hadjimichails, 2008; Turok, 2004; Abramovay, 2006; Fernández, 2008; Fernández, Amin y Vigil, 2008a y 2008b; Malmberg y Maskell, 2001).

Yeung (2005)¹⁰ aborda esta temática de forma directa. Este autor reconoce la falta de un tratamiento explícito de las categorías utilizadas por los teóricos del “giro relacional” en la geografía económica. Este “giro relacional” en la geografía económica, cuyos orígenes Yeung reconoce en la recepción del “pensamiento relacional de la geografía humana”¹¹ –desarrollado, entre otros, como ya mencionamos, por figuras como Massey (Yeung, 2005, p.37)–, adolece

10 El propio Yeung (1997) examina las dificultades de la geografía humana a la hora de incorporar los fundamentos del *realismo crítico* a su trama teórica. De hecho, la hipótesis de Yeung supone que importantes autores de la geografía humana malentendieron la naturaleza del *realismo crítico* (al menos de la tradición iniciada por Bhaskar) en tanto ontología, reduciéndolo o a una epistemología, o a una metodología o a un dogma. El *realismo crítico*, tal como él lo expresa, puede significar un cuerpo de principios ontológicos que, una vez explicitados, permitirían avanzar con mayor claridad en la búsqueda de un método para la geografía humana. El *realismo crítico* parte de una serie de afirmaciones que el propio Yeung resume: “una *Filosofía* científica que celebra la existencia de una realidad independiente de la conciencia humana (ontología realista), que rechaza el relativismo en los discursos sociales y científicos (epistemología realista) y reorienta la ciencia social hacia sus objetivos emancipatorios” (Yeung, 1997, p. 52). Este *realismo trascendental* al que apela esta filosofía es el punto de partida para una discusión ontológica en este tipo de estudios científicos de las sociedades. La geografía humana y de allí la geografía económica que recibe sus discusiones se deben un capítulo sobre estas definiciones. Como pudimos ver, la existencia de una *espacio social* se corresponde de forma directa con la idea de la existencia de “un conjunto articulado de tales estructuras relativamente duraderas e independientes: como una totalidad compleja sujeta al cambio tanto en sus componentes como en sus interrelaciones” (Bhaskar, 1979, p.122, extraído de Yturbe, 1985, p. 111).

11 La forma en que se produce esta recepción es caracterizada por Yeung en tres grandes grupos de autores que apelan a conceptualizaciones diferenciadas: aquellos que se basan en los “Activos Relacionales del desarrollo local y regional”, los que parten de la “Incrustación relacional en redes: actores sociales, empresas y organizaciones”, y los que se sustentan en las “Escalas Relacionales”. Con sus similitudes y diferencias, estos tres enfoques forman parte del “giro temático” en la geografía económica.

de una sub-teorización y una sub-especificación tales que el autor caracteriza este proceso como un “giro temático”.

Resultan ilustrativas las dimensiones que Yeung reconoce como claves para desarrollar un programa de investigaciones que dé finalmente con fundamentos más sólidos y que, podemos decir, alcancen un “giro ontológico” con mayor claridad: en primer lugar, la falta en estos enfoques de un tratamiento claro de la relación entre la organización del poder en la sociedad y la estructuración del espacio; en segundo lugar, la naturaleza de lo “relacional” como resultado de un proceso de “estructuración” en el sentido de Giddens (1995) que ya mencionamos previamente, donde las estructuras, el discurso consciente y la reflexividad de la acción humana interactúan en determinaciones conjuntas; en tercer lugar, y como una síntesis de los dos momentos anteriores, la idea de que se termina estudiando “diferentes formas del poder incrustadas en diferentes configuraciones de la geometría relacional” (Yeung, 2005, p. 44).

Estas dimensiones intentan explicitar la recepción de ciertos avances en la geografía humana y en la geografía económica. Para mostrarlo, Yeung afirma que: “Desde la contribución seminal de Massey (1978, 1984), los geógrafos economistas han tenido que pensar el desarrollo regional como un problema de inequidad en las relaciones sociales de producción y de la manifestación de estas relaciones a través de la división espacial del trabajo” (Yeung, 2005, p. 47).

Al mismo tiempo, termina recuperando dimensiones que confluyen en la definición de un “espacio social” tal como se lo definía arriba y cuya especificación es, al mismo tiempo, una especificación de un sistema de correspondencia con el espacio social y el espacio geográfico. La crítica “amistosa” de Yeung es, en otros términos, un llamado a especificar el objeto de estudio y su naturaleza, si bien no distingue, al menos en este trabajo, el nivel *ontológico* de la discusión del nivel, digamos, *óntico*; la confusión se produce entre la naturaleza del espacio social en su forma abstracta y las propiedades de la sustancias que, una vez definidas, quedan enunciadas como teorías de correspondencia con el espacio geográfico.

Pero cabe la siguiente pregunta: ¿por qué es recurrente en las teorías institucionalistas esta “dificultad” para dar cuenta con claridad de sus propios fundamentos y el descuidar discusiones ontológicas que, en el mejor de los casos, aparecen como un problema de metodologías comparadas? Responder esto implica estudiar este campo del saber, su configuración, su difusión y su reproducción en el tiempo. Por ejemplo Fernández, Vigil y Güemes (2006) y Fernández, Amin y Vigil (2008a) interpretan el papel que el Banco Mundial y otras organizaciones globales tuvieron en la difusión e institucionalización de una nueva ortodoxia regionalista. Al hablar de una nueva ortodoxia (teniendo en cuenta las pruebas que estos autores brindan sobre su existencia), puede intuirse el surgimiento y la generalización de una serie de conceptos reificados, en

contextos de desarrollos teórico-normativos muchas veces de contenido dudoso y confuso.

En este contexto, podemos preguntarnos: ¿Cómo es posible la generalización de enunciados vacíos y contingentes, devenidos finalmente normativos? ¿Cuáles son las condiciones para que una teoría devenga dogma? ¿Qué peligros encierra el enfoque relacional al respecto? ¿Qué ideas nacen como un *ground* para finalmente precipitarse en un *abground* caracterizado por el vacío?

ESTRUCTURACIÓN ESPACIAL Y PRINCIPIOS DE INTERPRETACIÓN DIALÉCTICA

Las críticas *amistosas* –es decir, desde el interior de este enfoque– al nuevo-regionalismo indican la falta de claridad sobre los fundamentos de los conceptos utilizados. Dado este diagnóstico, la “solución” al problema supondría, en líneas generales, plegar los enfoques institucionalistas de la geografía económica a los principios de la geografía humana en su “giro relacional”, o volver sobre las afirmaciones de la teoría neoclásica “suavizando” ciertos supuestos al estilo de los aportes de la Nueva Geografía Económica. Este proceso está de alguna forma en marcha, tal como veíamos con autores como Yeung, para el primer caso, y en autores como Storper y Venables (2002) para el segundo caso.

Sin embargo, ¿eso alcanza para evitar la proliferación de conceptualizaciones acrílicas y difusas? Al parecer, en momentos de transformaciones sociales, ellas no pueden dar respuestas adecuadas.¹² Precisamente, existen perspectivas que niegan que ello sea así y que, por el contrario, se concentran en las debilidades del enfoque relacional y encuentran en su propia matriz ontológica la génesis del problema que vuelve posible la proliferación de conceptualizaciones “vacías” que no logran penetrar las determinaciones fundamentales que hacen a las sociedades capitalistas modernas.

En este contexto ciertos autores entendieron que el *giro relacional* se precipitó a la manera de un “giro posmodernista”, donde esto fue el síntoma de una ausencia, de la falta de un principio de integración interpretativo, de la falta de un contenido sustancial que volvió posible el surgimiento de un nuevo *dogma*. Por ejemplo, Pillet Capdepón indica a David Harvey y a Milton Santos como exponentes de esta crítica al “giro posmodernista”; sobre ellos el autor afirma:

Las críticas a la geografía posmoderna proceden, entre otros, de Harvey y de Santos. El primero repudiaba su anarquismo, su aceptación de lo efímero, de lo fragmentario, de lo discontinuo y de lo caótico (Harvey,

12 Sobre esto Harvey interpela a la ciencia social burguesa (quizás en este caso deberíamos decir no marxista) afirmando que: “Nunca ha habido una crisis importante de la sociedad capitalista que no haya supuesto simultáneamente una crisis para su forma específica de ciencia social” (Harvey, 2007a, p. 87).

1989). Santos junto a Silveira consideraban el posmodernismo como desterritorialización, como geografía metafórica, como propuesta de-constructiva hacia el vacío y la nada, como “nihilismo metodológico”, y como glorificación de la fragmentación (Santos y Silveira, 1998:107) (Pillet Capdepón, 2004, p. 150).

En este trabajo, nos remitiremos a la crítica realizada por Harvey, que probablemente supere los límites de un “repudio a lo efímero”.¹³ Muy por el contrario de lo que podría figurarse de manera apresurada, es posible ver que Harvey intenta, no descartar, sino reconocer el lugar que este tipo de pensamientos ocupa en el proceso de representación de lo real, e identifica cuándo se ven conducidos a formas vacías y enajenadas.¹⁴ Harvey recurre a Heidegger para llamar la atención sobre las preguntas fundamentales que pueden acabar ausentes en la reflexión sobre la estructuración de la espacialidad de la acción humana en la moderna sociedad burguesa: “¿para qué?, ¿adónde?, ¿entonces qué?” (Harvey, 1990, p. 233). Re-escritas a partir de las preocupaciones del autor, podríamos citar:

Cómo y por qué la historia mundial (el resultado de las luchas de clases en las versiones marxistas) se disuelve en conflictos geopolíticos, a menudo sumamente destructivos, no puede ser considerado como un mero accidente. Es posible que tenga sus raíces en los procesos económico-políticos que impulsan al capitalismo a producir configuraciones geográficas de desarrollo desigual y a buscar una serie de estabilizaciones espaciales ante el problema de la hiperacumulación (Harvey, 1990, p. 235).

Aquí Harvey, pone en breves palabras el esqueleto de su programa de investigación. En primer lugar, es necesario contar con un principio de interpretación que nos permita penetrar lo inherente de los procesos históricos tal que cada fenómeno evite adoptar un carácter accidental y aislado integrándose mediante determinaciones generales constitutivas. En segundo lugar, este principio no puede sustraerse de las determinaciones constitutivas de la moderna sociedad burguesa que dan origen al Capital y al Estado Moderno. Y, en tercer lugar, debe poder apreciarse una lógica de la realización concreta en una espacialidad particular de los principios que permiten interpretar el movimiento

13 No obstante, debemos aclarar que no nos introduciremos de forma directa en un necesario debate filosófico sobre la relación entre lógica formal y lógica dialéctica y sobre el modo en que tal debate está en la base de toda crítica a la geografía humana del “giro relacional”; ello queda pendiente para futuras publicaciones.

14 Sobre esto Harvey hace explícita su intención en sintonía con su propia interpretación de los aportes de Marx. El autor escribe: “Desde este punto de vista, el método de Marx genera perspectivas y conclusiones muy diferentes a las generadas por el simple empirismo lógico, la analítica normativa de tipo ricardiano, o la teoría de sistemas contemporánea. Permítaseme subrayar que no estoy sosteniendo que estos métodos sean ilegítimos o erróneos. Cada uno es de hecho perfectamente adecuado para ciertos ámbitos de investigación. [...] Los resultados alcanzados por otros medios sólo pueden ser de interés si se insertan en la fuerza interpretativa más amplia proporcionada por el método de Marx” (Harvey, 2007b, p. 73).

histórico. La relación espacio-tiempo está, por lo tanto, atada a una relación entre lo concreto y lo general cuya naturaleza es, evidentemente, dialéctica.

En el trabajo citado, resulta interesante el diálogo que Harvey entabla con De Certeau, Bachelard, Foucault y Bourdieu sobre la espacialidad de la vida humana. La discusión con estos autores tiene una tonalidad que no puede reducirse a una crítica directa: es un esfuerzo por superar los límites de las perspectivas relacionales que están en juego, y en ese superar busca integrar ciertos aspectos de estos enfoques en un programa de investigación con un horizonte más amplio y general que, podemos decir sin exagerar, se ubica en una tradición marxiana que no comulga de forma dogmática con el marxismo pos Marx en sus distintas variaciones a la manera de Engels, Lenin o Trotsky.

La condición de la posmodernidad (1990) se inserta en “la confusa transición en el sentido del tiempo involucrado en el desplazamiento de las prácticas culturales modernistas a las posmodernistas” (Harvey, 1990, p. 249) y, desde esta transición, Harvey se propone “encontrar algún punto de entrada que dé lugar a una discusión más profunda sobre la experiencia cambiante del espacio en la historia del modernismo y del posmodernismo” (Harvey, 1990, p. 247). La clave está, precisamente, en superar la escisión entre el Ser y el Devenir; para ello, el autor busca responder a las hipótesis posmodernistas que afirmaron un cambio de época frente a la reestructuración del capitalismo mundial sobre fines de la década del sesenta y comienzos de los setenta del siglo XX. Se enfrenta a una hipótesis de ruptura histórica respecto del pasado y, por lo tanto, a una reestructuración de la ciencia que pasa a jerarquizar la organización espacial constitutiva del lugar y ámbito de las prácticas, respecto de los principios intelectivos del cambio histórico, que dialogan de forma directa con la tensión entre el Ser y el Devenir. Harvey no abandona el proyecto que supone que la historia puede ser pensada y que, para ello, es necesario tanto un principio de interpretación del movimiento como una ontología que distinga e integre a la vez forma y contenido, determinaciones generales y manifestaciones específicas, permanencia y cambio.

A partir de este enfoque, Harvey pone en perspectiva los aportes de los autores citados y muestra, directa o indirectamente, cómo este dilema se hace presente en los mismos. Podemos ver esto en el diálogo desarrollado con Bourdieu.

Harvey pone el acento en la noción de Bourdieu sobre estructuración del espacio y el tiempo y su relación con los individuos o grupos que la experimentan. Con respecto a esos aportes afirma:

Los ordenamientos simbólicos del espacio y el tiempo conforman un marco para la experiencia por el cual aprendemos quiénes y qué somos en la sociedad [...] La noción de sentido común según el cual “hay un lugar y un tiempo para todo” es trasladada a un conjunto de prescripciones que reproducen el orden social, al asignar significados sociales a espacio y tiempos” (Harvey, 1990, p. 239).

Más adelante reafirma diciendo que “Bourdieu muestra que ‘todas las divisiones del grupo se proyectan a cada momento en la organización espacio-temporal que asigna a cada categoría su lugar y su tiempo’” (Harvey, 1990, p. 240). Vemos aquí, tal como habíamos indicado arriba, cómo el espacio social, que otorga a cada “categoría su lugar y su tiempo”, resulta una metáfora del espacio lógico, geométrico, con el cual entabla una relación a la manera de un sistema de correspondencias entre dos planos isomorfos.

Pero hay algo distintivo en este punto del enfoque de Bourdieu: nos referimos al intento del autor de captar la transformación en el tiempo de la estructura del espacio social frente al dilema del agente y la estructura.¹⁵ Aquí el acento está puesto en el hecho de que, mientras el tiempo está fijado al espacio, existe un predominio de los aspectos sincrónicos de la estructura espacio-temporal, pero, en el momento en que el espacio social se ve trastocado por el movimiento, se vuelve necesario un principio que permita comprenderlo e integrarlo al esquema teórico. Allí es donde se abre una especie de *abgrund* entre Bourdieu y Harvey.

La primera aproximación que Harvey toma para abordar este tema puede presentarse en el siguiente extracto donde Bourdieu afirma que “las prácticas y representaciones comunes se determinan a través de una relación dialéctica entre el cuerpo y una organización estructurada del espacio y el tiempo” (Harvey, 1990, p. 240). Esta relación dialéctica es el principio con el cual Bourdieu se abre camino frente al problema del movimiento en la encrucijada teórica que nace entre la “cultura y la conducta”.¹⁶

15 En este sentido, Bourdieu inicia su reflexión crítica a partir de caracterizar el punto de vista estructuralista como “la primacía de la lógica y de la estructura, sincrónicamente aprehendida, sobre la historia individual o colectiva (es decir, el aprendizaje de la lengua y, para decirlo a la manera de Marx, ‘el movimiento histórico que le ha dado nacimiento’), o el privilegio acordado a las relaciones internas y específicas, susceptibles de un análisis ‘tautegórico’ (según la expresión de Schelling) o estructural, con respecto a las determinaciones externas, económicas y sociales” (Bourdieu, 2007, p. 52). Finalmente, la “primacía de la estructura lógica” se desplaza hacia el momento del movimiento como una estructuración mecánica del cambio; según Bourdieu, el problema que está en juego es la supresión de la dialéctica que media como forma de la relación entre la estructura y el agente. A modo de síntesis –y citando en extenso–, el autor afirma que se “ignora la dialéctica de las estructuras sociales y de las disposiciones estructuradas y estructurantes en la que se forman y se transforman los esquemas de pensamiento: ya se trate de las categorías lógicas, *principios de división* que, por intermedio de los principios de la *división del trabajo*, corresponden a la estructura del mundo social (y no del mundo natural), o de las estructuras temporales que sensiblemente son inculcadas por ‘la sorda presión de las relaciones económicas’, como dice Marx, es decir por el sistema de las sanciones económicas y simbólicas asociadas a una posición determinada en las estructuras económicas, esos esquemas constituyen una de las mediaciones por las cuales las estructuras objetivas alcanzan a estructurar toda la experiencia económica, sin tomar en préstamo las sendas de una determinación mecánica o de una toma de conciencia adecuada” (Bourdieu, 2007, p. 68). Precisamente, es esta relación dialéctica la que Harvey retoma para dialogar con Bourdieu sobre las transformaciones históricas que el capitalismo ha sufrido en su experiencia del espacio y el tiempo.

16 Conectando con la nota al pie anterior, Bourdieu afirma que “Se puede extender a la relación entre la cultura y la conducta todo lo que Saussure dice de la relación entre la lengua y el habla, que es una de sus dimensiones” (Bourdieu, 2007, p. 51).

Pero Harvey advierte que esta relación dialéctica debe ser explicitada, que no puede detenerse allí si no es a costa de perder toda capacidad interpretativa. Para Harvey:

Bourdieu (1977) propone una clarificación. Explica que “una matriz de percepciones, apreciaciones y acciones” puede implementarse flexiblemente de una manera simultánea para “realizar una infinidad de tareas diversas”, al mismo tiempo que ella, “en última instancia” (la famosa frase de Engels), es engendrada por la experiencia material de “estructuras objetivas” y, por lo tanto, “por la base económica de la formación social en cuestión”. El nexo mediador está constituido por el concepto de “habitus”: un “principio generativo de improvisaciones reguladas, instalado de manera duradera”, que “produce prácticas” que a su vez tienden a reproducir las condiciones objetivas (Harvey, 1990, pp. 245-246).

Harvey destaca, de la perspectiva de Bourdieu, el papel que asumen las condiciones materiales de reproducción del sistema social a la hora de intentar comprender las posibilidades y, sobre todo, los límites de las conductas voluntarias. Remitiéndose a las categorías de Henri Lefebvre, Harvey pondera la noción de “habitus” y su relación con las “condiciones objetivas” de la siguiente manera: “La causación circular (¿incluso acumulativa?) es obvia. Sin embargo, la conclusión de Bourdieu constituye una descripción muy notable de las limitaciones del poder de lo imaginado sobre lo experimentado” (Harvey, 1990, p. 246).

El desafío que Harvey asume es precisamente “situar” estas categorías de análisis (al igual que las generadas por otros autores con preocupaciones similares, entre los que podemos destacar, además de los ya mencionados, al propio Giddens), en otras palabras “estas tipologías y posibilidades más bien pasivas en el marco más dinámico de las concepciones del materialismo histórico sobre la modernización capitalista” (Harvey, 1990, p. 250). La pregunta que podemos hacernos es si esto es posible conservando la naturaleza de estas categorías.

Como dijimos, no se desarrollará aquí un debate ontológico de forma directa y en extenso. Pero quizá la obra de Harvey que permita recuperar parte de este debate sea *Justice, Nature and the Geography of Difference* (1996), donde en su primera parte y, sobre todo, en el capítulo 2, define al pensamiento dialéctico mediante once proposiciones características. –de las cuales vale destacar que las dos primeras están íntimamente vinculadas a lo que viene desarrollándose aquí–. Según Harvey:

El pensamiento dialéctico enfatiza la interpretación de los procesos, el movimiento, los flujos y las relaciones por encima del análisis de elementos, cosas, estructuras, y sistemas organizados [...] Hay aquí un principio de profundidad ontológica implicado para los dialécticos; en efecto, sostienen que estos elementos, cosas, estructuras, y sistemas no

existen fuera o previamente a los procesos, movimientos y relaciones que los crean, sostienen o minan (Harvey, 1996, p. 49).

Y más adelante agrega: “La concepción dialéctica tanto de la ‘cosa’ individual como del sistema estructurado del cual este es parte descansa enteramente en una comprensión de los procesos y relaciones a partir de los cuales cosas y sistemas estructurados son constituidos” (Harvey, 1996, p. 50).

Podemos ver cómo comprender, entender e interpretar el proceso, el movimiento –o, podemos agregar, la historia– es, ante todo, el principio mediante el cual tanto lo general y lo específico, como el agente y la estructura quedan integrados.

Para ello, es posible partir de la idea de que comprender el movimiento implica *imprimirle* un *sentido*, pero no a la manera de una determinación causal externa al hombre y externa al sujeto que piensa. El *sentido* que está en juego es un sentido constitutivo de la acción del hombre en el mundo tal que aparece como una potencia dialécticamente negada. Este *sentido* es, de manera simultánea, tanto un principio de intelección general (de carácter conjetural) como una “apuesta”, un compromiso ontológico en el cual el sujeto se integra al objeto, en este caso el hombre con la especie. De esta forma, se supera toda exterioridad y la libertad del agente no queda suprimida, si bien se desarrolla a la manera de la negación dialéctica de una potencia en una tensión que lleva en sí una enajenación constitutiva. Este principio de interpretación dialéctica no obstruye de ninguna manera la posibilidad de las heterogeneidades a nivel de las formas específicas. El contenido y la forma son dos momentos diferenciados: la forma es precisamente una forma de manifestación del contenido; este último se hace presente como una potencia dialécticamente negada.

Harvey intenta demostrar al pensamiento posmodernista la ausencia de lo anterior y la confusión primaria que implica llevar la diferencia y lo contingente a un estatuto ontológico con autonomía. Realiza su propia apuesta con respecto a la moderna sociedad burguesa. En este sentido afirma: “Entender las reglas de la acumulación de capital nos ayuda a comprender por qué nuestra historia y nuestra geografía adoptan las formas que adoptan” (Harvey, 2007c, p. 138).

Más adelante, en referencia al enfoque posmodernista, agrega:

Ciertamente, esto aporta muchos elementos refrescantes, en especial el hincapié en la heterogeneidad, la diversidad, los múltiples intereses superpuestos de género, clase, ecología y demás. Pero yo no veo por qué el tipo de heterogeneidad que el posmodernismo celebra sea de manera alguna incongruente con el pensamiento de que el mundo es conocible mediante la apreciación, pongamos, de los procesos de acumulación de capital, que no sólo prosperan con la diferencia y la heterogeneidad sociales, sino que las producen activamente (Harvey, 2007c, p. 138).

Tal como lo adelantábamos al comienzo del apartado, en *La condición de la posmodernidad* Harvey expresa su propia “apuesta”, es decir, su propio principio de intelección dialéctica, con el cual acaba negado el resultado –al que Bourdieu llegaba– según el cual a *cada categoría corresponde su lugar y su tiempo*. Al respecto sentencia:

Ambos, el espacio y el tiempo, se definen a través de la organización de prácticas sociales fundamentales para la producción de mercancías. Pero la fuerza dinámica de la acumulación de capital (y de la hiperacumulación), junto con las condiciones de la lucha social, definen la inestabilidad de las relaciones. En consecuencia, nadie sabe muy bien qué podría ser “el tiempo y el lugar adecuado para todo” (Harvey, 1990, pp. 265-266).

A diferencia de lo que en Bourdieu aparece como una sucesión de momentos en cada uno de los cuales cada categoría asume “su lugar y su tiempo adecuado”, en donde la conducta y la cultura se determinan mutuamente (y circularmente) por un principio que no es posible escrutar de manera cabal –el “habitus”, donde no hay un principio que integre el movimiento sino que, por el contrario, el análisis radica en captar una estructura a partir de la experiencia fenoménica directa, otorgando a la contingencia y a la apertura un lugar privilegiado (si bien asigna un peso ontológico fuerte a una estructura objetiva constitutiva del campo social)–, en Harvey el estudio de las partes y del sistema estructurado se integra en una totalidad que toma sentido a partir de un principio o un conjunto de principios que este caso se definen como la “acumulación de capital” con todas las determinaciones que ello implica.

A MODO DE CIERRE: ALGUNAS IMPLICACIONES PRÁCTICAS Y METODOLÓGICAS

La contradicción que nace al momento de intentar captar aquello que se mantiene fijo en el espacio, cuando la mutabilidad y el cambio parecen ser los determinantes de la modernidad capitalista, no es un problema de solución evidente. Los estudios regionalistas que hicieron pie en el giro relacional de la geografía humana descubrieron para sí dificultades que ya fueron reseñadas aquí: las respuestas ensayadas oscilan entre la especificación epistemológica y la rigurosidad metodológica, configurando en muchos casos una advertencia sobre la incapacidad de dar cuenta de procesos más generales.

Según pudo verse a lo largo del trabajo –y, sobre todo, en el último apartado–, parte de la geografía crítica (inscripta en la tradición marxiana) ensayó una respuesta que advierte una ausencia en el giro posmodernista que otorga a la contingencia y a la diferencia un lugar constitutivo que impide la cabal interpretación de la espacio-temporalidad de la modernidad capitalista. Asimismo, pudo verse –al menos para el caso de Harvey– cómo resulta posible situar esta tradición en el proyecto más general del materialismo histórico.

Las implicaciones sobre la práctica científica serían notables –y, de hecho, lo son– en los estudios que han podido recibir esta advertencia. En nuestro país, la experiencia que autores como Levín, Coraggio e Iñigo Carrera iniciaron bajo el paradigma de los *subsistemas de acumulación* resulta por demás interesante,¹⁷ y una relectura en clave dialéctica e histórica puede ser sumamente productiva. El trabajo de Rofman también puede ser interpretado en esta clave, lo que permite apreciar con mayor claridad la profundidad de su mirada. De hecho, Rofman entabla un diálogo directo con estos autores, tal como puede verse en un artículo de su autoría titulado “Subsistemas espaciales y circuitos de acumulación regional” (Rofman, 1984), donde problematiza el *enfoque regional* considerando una directa evaluación de las dimensiones “estructurales” del proceso de acumulación de capital. En este sentido, el autor afirma que “si deseamos aprehender en toda su magnitud y dimensión estructural al conjunto de los procesos socio-económicos que operan en el espacio, debemos aceptar que los mismos se producen y reproducen en base a relaciones concretas dentro y fuera de los marcos regionales” (Rofman, 1984, p. 43), lo cual evidentemente traspasa los marcos de los enfoques regionales clásicos.

Asimismo, Gerardo Mario de Jong ha llevado a cabo sus investigaciones profundizando esta perspectiva, introduciendo el método regional en los marcos de las “articulaciones dialécticas” (De Jong, 2001, pp. 56-57); y, por lo tanto, ha generado una crítica dialéctica del conocimiento geográfico. Una crítica de este tipo busca también superar las dicotomías que suelen desarrollarse entre sociedad y naturaleza, o –bajo su forma disciplinar– entre geografía física y geografía humana. Este problema no fue analizado en el presente trabajo, pero encierra un paralelo directo con las hipótesis aquí consideradas, constituyendo una problemática a tratar en el futuro.

Finalmente, deben destacarse los avances que parten de la preocupación por el reconocimiento de distintas escalas en los estudios regionales, compiladas y tratadas por Fernández y Brandão (2010). Estos autores hacen una reseña de los exponentes que a nivel internacional se encuentran desarrollando este tipo de perspectivas confluyentes.

La posibilidad de captar realidades diferenciadas conservando un principio de intelección de la dinámica general del sistema social resulta la característica metodológica y epistemológica de mayor interés.

Los límites de estos enfoques radican en su explícita renuncia a la pretensión ilustrada de alcanzar el conocimiento de leyes causales externas. Lo que está en juego aquí es la interpretación del fenómeno y no su explicación nomológico-deductiva. Estas apreciaciones y su mayor desarrollo quedan para futuros trabajos teóricos y empíricos.

17 Para una breve reseña, véase Bandieri, 1995.

BIBLIOGRAFÍA

ABRAMOVAY, R. (2006), “Para una teoría de los estudios territoriales”, en M. MANZANAL, G. NEIMAN y M. LATTUADA, *Desarrollo rural: organizaciones, instituciones y territorios*, Buenos Aires, CICCUS, pp. 51-70.

AGLIETTA, M. y A. ORLÉAN (1990), *La violencia de la moneda*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

AMIN, A. (2008), “Límites y posibilidades de la Nueva Ortodoxia Regionalista. Una perspectiva institucionalista sobre el desarrollo económico regional”, en V. R. FERNÁNDEZ, A. AMIN y J. I. VIGIL (comps.), *Repensando el desarrollo regional. Contribuciones globales para una estrategia latinoamericana*, Buenos Aires, Miño y Dávila, pp. 101-120.

BANDIERI, S. (1995), “Acerca del concepto de región y la historia regional: la especificidad de la Norpatagonia”, en *Revista de Historia*, Neuquén, Universidad Nacional del Comahue, pp. 277-293.

BARRIGA, O. y G. HENRÍQUEZ (2007), “Una ontología del espacio social”, en *Cinta de Moebio* (028), Santiago de Chile, Universidad de Chile, pp. 67-71.

BARRO, R. y X. SALA-I-MARTIN (2004), *Economic Growth*, Cambridge, Massachusetts Institute of Technology.

BHASKAR, R. (1978), “On the possibility of social scientific knowledge and the limits of naturalism”, en *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 8 (1), Filadelfia (Reino Unido), Culture & Communications Department, London School of Economics, pp. 1-28.

BECATTINI, G. (2002), “Del distrito industrial marshaliano a la ‘teoría del distrito’ contemporánea. Una breve reconstrucción crítica”, en *Investigaciones Regionales* (1), Barcelona, Asociación Española de Ciencia Regional, pp.9-32.

BENKO, G. y A. LIPIETZ (1994), “El nuevo debate regional”, en G. BENKO y A. LIPIETZ (eds.), *Las Regiones que ganan: distritos y redes. Los nuevos paradigmas de la geografía económica*, Valencia, Alfons el Magnánim, pp. 19-36.

BOISIER, S. (1999), “El vuelo de una comerta. Una metáfora para una teoría del desarrollo territorial”, en S. BOISIER, *Teorías y metáforas sobre el desarrollo territorial*, Santiago de Chile, CEPAL-Naciones Unidas, pp. 59-90.

----- (2004), “Una (re)visión heterodoxa del desarrollo (territorial): un imperativo categórico”, en *Territorios* (10-11), Bogotá, Universidad del Rosario, pp.71-90.

BOURDIEU, P. (1997a), “Espacio social y espacio simbólico”, en P. BOURDIEU, *Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama, pp. 11-32.

----- (1997b), “El nuevo capital”, en P. BOURDIEU, *Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama, pp. 33-52..

----- (2007). *El sentido práctico*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

CAPELLO, R. (2006), “La economía regional tras cincuenta años: desarrollos teóricos recientes y desafíos futuros”, en *Investigaciones Regionales* (2009), Barcelona, Asociación Española de Ciencia Regional, pp. 169-192.

DE JONG, G. M. (2001), *Introducción al método regional*, Neuquén, LIPAT- Universidad Nacional del Comahue.

FERNÁNDEZ, V. R. (2008), “Explorando las limitaciones del nuevo regionalismo en las políticas de la Unión Europea: una perspectiva latinoamericana”, en V. R. FERNÁNDEZ, A. AMIN y J. I. VIGIL (comps.), *Repensando el desarrollo regional. Contribuciones globales para una estrategia latinoamericana*, Buenos Aires, Miño y Dávila, pp. 399-428.

FERNÁNDEZ, V. R., A. AMIN y J. I. VIGIL (2008a), “Discutiendo el desarrollo regional: desde la emergencia y la institucionalización de la nueva ortodoxia hacia su reconsideración”, en V. R. FERNÁNDEZ, A. AMIN y J. I. VIGIL (comps.), *Repensando el desarrollo regional. Contribuciones globales para una estrategia latinoamericana*, Buenos Aires, Miño y Dávila, pp. 19-62.

----- (2008b), “Reconsiderando la nueva ortodoxia regionalista en los países centrales y en América Latina”, en V. R. FERNÁNDEZ, A. AMIN y J. I. VIGIL (comps.), *Repensando el desarrollo regional. Contribuciones globales para una estrategia latinoamericana*, Buenos Aires, Miño y Dávila pp. 63-98.

----- (2008c), *Repensando el desarrollo regional. Contribuciones globales para una estrategia latinoamericana*, Buenos Aires, Miño y Dávila, pp. 399-428.

FERNÁNDEZ, V. R. y C. BRANDÃO (2010), *Escalas y políticas del desarrollo regional*, Buenos Aires, Miño y Dávila.

FERNÁNDEZ, V. R. y J. I. VIGIL (2009), “Cluster en la periferia: conceptos, análisis y políticas. Un estudio de caso en Argentina”, en *Comercio Exterior*, 59 (2), México, Bancomext, pp. 97-110.

FERNÁNDEZ, V. R., J. I. VIGIL y M. C. GÜEMES (2006), “Quo vadis Banco Mundial? El Estado y el desarrollo en la agenda y discursos del organismo desde la mirada latinoamericana”, en *Desenvolvimento em questão*, 4 (8), Ijuri, Universidade Regional do Noroeste do Estado do Rio Grande do Sul, pp. 35-73.

FUJITA, M., P. KRUGMAN y A. J. VENABLES (1999), *The spatial economy: cities, regions, and international trade*, Cambridge, Massachusetts Institute of Technology.

GARCÍA RAMÓN, D. (1976), “Valor actual del modelo de Von Thünen y dos comprobaciones empíricas”, en *Revista de Geografía*, 10 (1-2), Lleida, Universitat de Lleida, pp. 11-33.

GIDDENS, A. (1995), *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu.

HADJIMICHALIS, C. (2008). “Factores no económicos en la Geografía Económica y en el ‘Nuevo Regionalismo’: una crítica amistosa”, en V. R. FERNÁNDEZ, A. AMIN y J. I. VIGIL (comps.), *Repensando el desarrollo regional. Contribuciones globales para una estrategia latinoamericana*, Buenos Aires, Miño y Dávila, pp. 247-266.

HARVEY, D. (1990), *La condición de la posmodernidad. Investigaciones sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires-Madrid, Amorrortu Editores.

----- (1996), *Justice, Nature and the Geography of Difference*, Massachusetts, Blackwell.

----- (2007a), “Rebatir el mito marxiano (al estilo Chicago)”, en D. HARVEY, *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*, Madrid, Akal, pp. 81-102.

----- (2007b), “La población, los recursos y la ideología de la ciencia”, en D. HARVEY, *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*, Madrid, Akal, pp. 51-80.

----- (2007c), “Capitalismo: fabrica de la fragmentación”, en D. HARVEY, *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*, Madrid, Akal, pp. 137-143.

HELMSING, B. (1999), “Teorías de desarrollo industrial regional y políticas de segunda y tercera generación”, en *EURE*, 25 (75), Santiago de Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile, pp. 5-39.

KEATING, M. (1997), “The Invention of Regions: Political Restructuring and Territorial”, en *Environment and Planning C, Government and Policy* (15), Londres, Pion, pp. 383-398.

KRUGMAN, P. (1997), *Desarrollo, geografía y teoría económica*, Barcelona, Antoni Bosch.

KRUGMAN, P. y M. FUJITA (2004), “La nueva geografía económica: pasado, presente y futuro”, en *Investigaciones Regionales* (004), Barcelona, Asociación Española de Ciencia Regional, pp. 177-206.

LOVERING, J. (2008), “Teoría guiada por la política: las insuficiencias del ‘Nuevo Regionalismo’ (ejemplificado en el caso de Gales)”, en V. R. FERNÁNDEZ, A. AMIN y J. I. VIGIL (comps.), *Repensando el desarrollo regional. Contribuciones globales para una estrategia latinoamericana*, Buenos Aires, Miño y Dávila, pp. 121-146.

MACLEOD, G. (2008), “El replanteo del Nuevo Regionalismo: globalización y la nueva versión del espacio económico”, en V. R. FERNÁNDEZ, A. AMIN y J. I. VIGIL (comps.), *Repensando el desarrollo regional. Contribuciones globales para una estrategia latinoamericana*, Buenos Aires, Miño y Dávila, pp. 147-182.

MALMBERG, A. y P. MASKELL (2001), “The elusive concept of localization economies. Towards a knowledge-based theory of spatial clustering”,

en ASSOCIATION OF AMERICAN GEOGRAPHERS, “*Industrial Clusters*” Revisited: *Innovative Places or Uncharted Spaces?*, Nueva York, AAG Annual Conference.

MASSEY, D. (1999), “Space-Time, ‘Science’ and the Relationship between Physical Geography and Human Geography”, en *Transactions of the Institute of British Geographers, New Series*, 24 (3), Londres, Royal Geographical Society, pp. 261-276.

----- (2001), “Talking of Space-Time”, en *Transactions of the Institute of British Geographers, New Series*, 26 (2), Londres, Royal Geographical Society, pp. 257-261.

----- (2004), “Geographies of Responsibility”, en *Geografiska Annaler. Series B, Human Geography*, 86 (1), Estocolmo, Swedish Society for Anthropology and Geography, pp. 5-18.

MASSEY, D., J. ALLEN y P. SARRE (1999), *Human geography today*, Cambridge, Blackwell.

MITCHELL, W. (2007), “Ciudades Inteligentes”, en *Revista sobre la sociedad del conocimiento* (5), Barcelona, Universitat Oberta de Catalunya, pp. 3-9.

MONCAYO JIMÉNEZ, E. (2002), *Nuevos enfoques teóricos. Evolución de las políticas regionales e impacto territorial de la globalización*, Santiago de Chile, ILPES-CEPAL, Naciones Unidas.

MOULAERT, F. y F. SEKIA (2003), “Territorial Innovation Models: A Critical Survey”, en *Regional Studies*, 37 (3), Reino Unido, Regional Studies Association, pp. 289-302.

PANAIA, M. (2005), “Apuntes para la rediscusión del concepto de región en la Argentina actual”, en *Revista de Estudios Regionales y Mercado de Trabajo*, n° 1, Buenos Aires, SIMMEL, pp. 225-246.

PILLET CAPDEPÓN, F. (2004), “La geografía y las distintas acepciones del espacio geográfico”, en *Investigaciones Geográficas* (34), México D.F., UNAM, pp. 141-154.

PORTES, A. (2004), “El capital social: Promesas y obstáculos para su papel en el desarrollo”, en A. Portes, *El desarrollo futuro de América Latina: neoliberalismo, clases sociales y transnacionalismo*, Bogotá, Antropos, pp. 149-172.

PUTNAM, R. (1995), “Tuning In, Tuning Out: The Strange Disappearance of Social Capital in America”, en *PS: Political Science & Politics*, 28 (4), Washington, American Political Science Association, pp. 664-683.

----- (2001), “Social Capital: Measurement and Consequences”, en *Canadian Journal of Policy Research*, 2 (1), Lethbridge, Department of Political Science, University of Lethbridge, pp. 41-51.

ROFMAN, A. (1984), “Subsistemas espaciales y circuitos de acumulación regional”, en *Revista Interamericana de Planificación*, 18 (70), Cuenca, Sociedad Interamericana de Planificación, pp. 42-61.

SCOTT, A. (2004), "A perspective of economic geography", en *Journal of Economic Geography* (4), Oxford, Oxford University Press, pp. 479-499.

SCOTT, A. y M. STORPER (2003), "Regions, globalization, development", en *Regional Studies*, 37 (6-7), Reino Unido, Regional Studies Association, pp. 579-593.

SIISIÄINEN, M. (2000), "Two Concepts of Social Capital: Bourdieu vs. Putnam", en INTERNATIONAL SOCIETY FOR THIRD-SECTOR RESEARCH, *The Third Sector: For What and for Whom?*, Dublin, ISTR Fourth International Conference.

SOJA, E. (2008), *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*, Madrid, Traficantes de Sueños.

STORPER, M. y A. J. VENABLES (2002), "The Buzz: The economic force of the city", en DANISH RESEARCH UNIT FOR INDUSTRIAL DYNAMICS, *Industrial Dynamics of the New and Old Economy: who is embracing whom?*, Copenhagen/Elsinore, DRUID Summer Conference.

TRUCCO, I. (2009), "Buscando debajo de la alfombra... la noción de territorio o región en las teorías del desarrollo regional", ponencia presentada en las III Jornadas Nacionales de Investigadores de las Economías Regionales, Mendoza, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo.

TUROK, I. (2004), "Cities, Regions and Competitiveness", en *Regional Studies*, 38 (9), Reino Unido, Regional Studies Association, pp.1069-1083.

VERGARA, N. (2007), "Hombres y entornos: notas para una metafísica del territorio", en *Alpha* (25), Osorno, Universidad de Los Lagos, Departamento de Humanidades y Arte, pp. 227-236.

WILLIAMSON, O. (2002), "The Theory of the Firm as Governance Structure: From Choice to Contract", en *Journal of Economic Perspective*, 16 (3), Nashville, The American Economic Association, pp. 171-195.

WOOLCOCK, M. (1998), "Social capital and economic development: Toward a theoretical synthesis and policy framework", en *Theory and Society* (27), Los Ángeles, University of California, pp.151-208.

YEUNG, H. W. (1997), "Critical realism and realist research in human geography: a method or a philosophy in search of a method?", en *Progress in Human Geography*, 21 (1), Manchester, University of Manchester, pp. 51-74.

----- (2005), "Rethinking relational economic geography", en *Transactions of the Institute of British Geographers*, 30 (1), Londres, Royal Geographical Society, pp. 37-51.

YTURBE, C. (1985), "Realismo y filosofía de Marx", en *Diánoia*, 31 (1), México D.F., Instituto de Investigaciones Filosóficas, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 107-116.

RESUMEN

Este trabajo tiene por objetivo indagar el lugar que ocupa –y la forma en que está constituida– la dimensión espacial en distintos enfoques que nutrieron o se desarrollaron como teorías de la geografía económica. Se inicia la discusión partiendo de la economía convencional (neoclásica o keynesiana) y se sigue con los enfoques institucionalistas del desarrollo regional. Con respecto a estos últimos, se estudia los conceptos básicos tomados del *giro relacional* de la geografía humana, sobre todo al momento de definir sus objetos de análisis y su espacialidad inherente. Se intenta así caracterizar el tratamiento del espacio descubriendo sus límites y dificultades, poniéndose de manifiesto el piso común que estos enfoques comparten con las perspectivas convencionales de la geografía económica. Finalmente, se recuperan los aportes de geógrafos críticos dedicados al estudio de la estructuración espacio-temporal de la “moderna sociedad burguesa”, entablando un diálogo fructífero con el *giro relacional* que sirvió de fundamento al pensamiento institucionalista.

ABSTRACT

This paper aims to explore the place –and how it is constructed– of the spatial dimension in different approaches that had nurtured or had developed as theories of economic geography. Discussion starts from mainstream economics (neoclassical or keynesian) and continues with the institutional approaches to regional development. Concerning these approaches, we study the basic concepts which had been taken from the *relational turn* of Human Geography, especially at the moment of defining their objects of analysis and their inherent spatiality. We try to characterize the treatment of space and discover its limits and difficulties, manifesting the common ground they share with conventional approaches to economic geography. Eventually, we recover the contributions of critical geographers dedicated to study space-time structure of the “modern bourgeois society”, engaging a fruitful dialogue with the *relational turn* which formed the basis of the institutional thinking.

PALABRAS CLAVE

ESPACIO-TEMPORALIDAD
CAPITALISTA
GIRO RELACIONAL
NUEVO REGIONALISMO
GEOGRAFÍA CRÍTICA

KEY WORDS

SPACE-TIME CAPITALIST
RELATIONAL TURN
NEW REGIONALISM
CRITICAL GEOGRAPHY